

E. M. Cioran

EL ACIAGO  
DEMIURGO

Gilles Deleuze

PRESENTACION  
DE SACHER-MASOCH

Mariano y José Luis Peset

LA UNIVERSIDAD  
ESPAÑOLA  
(Siglos XVIII-XIX)

PIO BAROJA

Ed. de Javier  
Martínez Palacio

El escritor y la crítica

Antonio Buero Vallejo

HOY ES FIESTA.  
LAS MENINAS.  
EL TRAGALUZ

SI LE INTERESAN LOS LIBROS  
DE TAURUS EDICIONES

diríjase a nuestro Departamento  
de Promoción  
(apartado 10.161), Madrid,  
para poder enviarle  
trimestralmente una información  
más detallada de nuestras  
publicaciones.

Piça del Marqués de Salamanca, 7 - Madrid-8  
**TAURUS**

**JETHRO TULL, EN DISCO Y EN VIVO**

**El sonido**

Comenzando como una banda de "blues" en los días que Elmore James y Freddie King reinaban en los clubs londinenses, Jethro Tull se ha forjado uno de los primeros puestos en el mundo de la música juvenil utilizando una táctica ya empleada con éxito por Frank Zappa. Tanto Zappa como Ian Anderson muestran una actitud condescendiente o llena de desprecio hacia su público, al que dejan con la boca abierta con una coreografía y unos menús totalmente ajenos al menú habitual de los asistentes a los conciertos de "rock". Mientras que las intenciones didácticas de Zappa son difusas, Anderson no deja que su público pase del momento de "shock" inicial y continúa atacando sin descanso hasta reducir a sus oyentes a un estado de asombrosa incredulidad. Eso tiene cierto valor: mientras que es inevitable que los músicos de "rock" —o sus responsables publicitarios— se fabriquen una imagen que el público pueda comprender y llegar a la siempre deseada identificación, Anderson ha creado un universo tan personal que es incomprensible.

La ascensión de Jethro Tull puede producir perplejidad. Asombra que su creador se permita tales demostraciones de superioridad como anunciar su retiro total como represalia por la incomprensión de los críticos ingleses, que despedazaron su "A Passion Play". Ian Anderson es arrogante, y puedes irte a su infierno particular si no lo aceptas en toda su complejidad. ¿Y musicalmente? La aridez del preciosismo y las pretensiones artísticas de sus discos no tienen comparación. Es cierto que Anderson ha creado un sonido Jethro Tull acudiendo a fuentes no muy conocidas por sus seguidores. Su música está tan imbuida de su personalidad, que prácticamente se puede afirmar que no ha sido perseguido por imitadores. Respecto a las letras, aunque imagines que sus situaciones son tan genuinamente inglesas que resultan extrañas para el resto del mundo, podrán comprobar que constituyen un incómodo misterio para sus mismos compatriotas. Anderson estudió en una Art School y es, en cierta forma, un continuador del humor lúdico de Monty Python o la para el resto del mundo, podrás comprobar que Bonzo Dog Band. Desgraciadamente, sus gracias son muy obvias o demasiado oscuras: Anderson se queda en un excéntrico profesional. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

la "Malagueña" de Lecuona—, Jeffrey Hammond-Hammond —todo a diagonales negras y blancas, con bajo eléctrico y contrabajo a juego—, y los demás miembros del grupo. La bomba mayor se la reserva Ian Anderson, "el loco", para surgir de repente entre nubes de humo coloreado, como una especie de mezcla entre mago oriental y trovador renacentista. A partir de aquí, el público se entrega por completo: dispuesto a aceptar todo. Este fue el principio; esto resultó ser casi todo lo demás: una serie de impresiones desmedidas, con las que se quería que enloqueciéramos todos hasta que aquello acabara, dos horas después. El espectáculo —no me atrevo a llamarlo "concierto", por cuanto su componente teatral suponía, al menos un seienta por ciento— resulta, por todo ello, absolutamente indescriptible: no son para contadas las exhibiciones de luminotecnia, ni las piruetas narcisistas de Anderson, ni las alturas a que llegó el volumen de los bruscos "crescendi" instrumentales.

¿La música? Dije una vez —pero no fue aquí— que Ian Anderson, aunque se parezca a Roland Kirk tocando la flauta y se atreva —a veces— con el saxo alto, es de un "clásico" que asusta. Lo que escuchamos me ratificó lo que pensaba: y no por la presencia de un cuarteto de cuerda —femenino—, ni por las claras alusiones a muy variados compositores —Prokofieff, Debussy, Bach, Gershwin...—, sino porque las mismas composiciones de Ian Anderson son, diríamos, versiones eléctricas de danzas renacentistas: en el fragmento de "Thick as a Brick" que interpretó, había hasta un rondó a ritmo de gavota, y en su larguísimo solo de flauta "a capella" —en el que no se pudo apreciar mucha lógica interna— citó la consabida "Bourrée", de Juan Sebastián Bach —numerito muy aclamado—, y... ¡hasta una marcha turca! Incluso el "show" no hubiera sorprendido a los contemporáneos de Shakespeare más que por la electricidad y algunos efectos especiales: la figura rijosa y frenética de Anderson recuerda, en todo momento, la de un juglar.

Con todo, estas líneas no dan más que una ligera idea de lo que sucedió la otra noche en el Pabellón Deportivo del Real Madrid. Una ligera idea contada, además, por quien hizo lo que no debía hacerse: conservar el criterio. Porque allí, en el acontecimiento cultural de la semana, lo que había que hacer era dejarse llevar. ■ JOSÉ RAMÓN RUBIO.

**El «show»**

Pasemos a hablar ahora de la actuación de Jethro Tull en Madrid. Lo malo de asistir a un espectáculo de estas características cuando, en principio, se está orientado hacia la música clásica, es que uno no se atreve a perder el criterio, que es precisamente lo que pretende la desorbitada escenografía y el fenomenal torrente de decibelios que se le viene a uno encima —conseguí llegar hasta la fila segunda—. Envueltos en estallidos, aparecen Martin Barre —citando a la guitarra...

